

Microrrelatos de terror

Mauricio Montiel Figueiras

La evolución tecnológica ha transformado de manera vertiginosa los modos de circulación de la expresión literaria, al tiempo que ha planteado retos notables al mismo concepto de "escritura" o "literatura". Uno de los principales exponentes de la ficción brevísima en las plataformas digitales es Mauricio Montiel Figueiras, quien aquí presenta una compilación de narraciones súbitas.

MADRE

1. Desde que Padre nos abandonó, Madre vive en un estado de agitación permanente. Su bello rostro se ha vuelto un mapa de venas inflamadas.

2. Antes, cuando Padre se ocupaba de ella, las facciones de Madre se iluminaban. Como si alguien encendiera una vela dentro de su cráneo.

3. Ahora que yo soy el responsable de cuidarla, Madre no oculta su melancolía. Se nota en sus ojos negros como las sombras que la rodean.

4. Que no haya confusión: Madre me ama y yo la amo. Con toda el alma. Pero desde pequeño aprendí que amor y miedo son hermanos siameses.

5. Mi niñez estuvo marcada a fuego por la condición de Madre. Lo que Padre llamaba la Enfermedad. Lo que terminó por alejarlo de nosotros.

6. Poco a poco, sin embargo, me he habituado al mal de Madre. Al olor a tierra honda que la envuelve. A los chillidos que cimbran la casa.

7. Padre eligió esta casa a orillas del pueblo para no tener vecinos. Para que los ruidos de Madre se confundan con los ruidos del bosque.

8. He podido diseñar una rutina para que Madre se sienta lo más cómoda posible. Hay días en que logro mantenerla relativamente tranquila.

9. Los días malos, por desgracia, son los más comunes. El apetito de Madre se torna insaciable. Dame de comer, exige. Y yo salgo a cazar.

10. A veces, a medianoche, cuando Madre aúlla hambrienta, bajo al sótano donde vive. La acaricio, la calmo. Y dejo que se alimente de mí.

PADRE

1. La mujer se quita los anteojos y deja la novela en la cama. Voltea hacia la mesa de noche. Una polilla revolotea dentro de la lámpara.

2. Molesta, la mujer se asoma a la pantalla de tela. La visión la asquea y asombra: la polilla es en verdad un remedo grotesco de polilla.

3. Mamá. Aunque serena, la voz sobresalta a la mujer, que gira hacia la puerta abierta del dormitorio conyugal. Su hijo luce pálido.

4. ¿Qué pasa, cielo?, dice la mujer, olvidando de momento al insecto. El niño se frota la nariz. El señor que me lee no es mi papá, dice.

5. La mujer se rasca la cabeza. ¿Qué?, pregunta con tono confuso. El señor que me lee no es mi papá, repite el niño, es alguien más. Algo.

6. No entiendo, dice la mujer. Ven, dice el niño, y la toma de la mano. Ambos avanzan por el pasillo en tinieblas. Flota un aroma rancio.

7. Lo primero que nota la mujer en el cuarto del niño es el revoloteo de la polilla en la lámpara del buró. Su marido sonríe desde la cama.

8. ¿Todo bien?, dice el hombre con un libro a su lado. Sí, titubea la mujer. No es mi papá, dice el niño. Te sigo leyendo, dice el hombre.

9. No seas tonto, dice la mujer. Empuja al niño, que camina a regañadientes. El hombre guiña un ojo a su esposa. Ya me ocupo de ti, dice.

10. La polilla golpetea en el interior de la lámpara. La mujer quiere decir algo pero prefiere sonreír a su marido. Sale de la habitación.

11. Inquieto, el niño se acomoda junto al hombre. No eres mi papá, murmura. Lo sé, dice el hombre abrazándolo, pero escúchame con atención.

12. Como un polen venenoso, la voz del hombre se esparce en la noche. Bajo el lecho del niño, el cadáver del padre continúa siendo drenado.

HIJA

1. El zumbido del interfón me hace respingar. ¿Sí?, pregunto ante la bocina. Soy yo, dice la voz de mi hija, olvidé mis llaves. ¿Me abres?

2. Esta adolescencia, musito al pulsar el botón que acciona la puerta principal del edificio. Por alguna razón pienso en jóvenes borrosos.

3. Descalzo ante la entrada del departamento espero el sonido del ascensor. Tarda más de la cuenta en llegar a mi piso. Oigo cómo se abre.

4. En el corredor reina un silencio hondo. No hay pasos. Me pego a la puerta. Tres golpes súbitos y violentos me aturden. Quito la cadena.

5. Mi hija entra sin decir palabra. Trae consigo un intenso aroma a humedad. La veo dirigirse a su dormitorio. Cierro, mareado por el olor.

6. ¿Dónde dejaste tus llaves?, digo al cruzar la sala. Las cortinas se hinchan con la brisa. Del cuarto de mi hija viene un roce de ropa.

7. La respuesta se demora. De pronto mi hija está en el umbral de su habitación. Viste sólo bragas, una camiseta diminuta. Sonríe, extraña.

8. Se me cayeron en el hotel donde fui con mi novio, dice, acariciándose una pantorrilla con el pie. Noto sus uñas pintadas de rojo sangre.

9. ¿Novio?, trago saliva espesa, ¿cuál novio? Ella vuelve a sonreír. El que se parece a ti, dice, y a su mirada se filtra una tinta oscura.

10. Suena el interfón. Voy a él sin apartar mis ojos de los ojos que me observan. Olvidé mis llaves, crepita la voz de mi hija, ¿me puedes abrir?

EX

1. El primer mensaje por WhatsApp irrumpe en medio de una junta de planeación y presupuesto. Él lee, extrañado: Hola. ¿Te acuerdas de mí?

2. El extrañamiento aumenta con la fotografía que acompaña el mensaje: una mujer delgada frente a un espejo. El iPhone le cubre el rostro.

3. Él no tarda en reconocer la larga melena rubia, los hombros estrechos, el vestido negro con lunares blancos. Siente un vacío estomacal.

4. Alguien me juega una broma, piensa, una pésima broma. Alza la vista y recorre la sala de juntas. Todos beben las palabras del director.

5. Él devuelve la mirada a su teléfono. Una gota de sudor se le desliza por el cuello mientras teclea: ¿Quién eres? Esto no es chistoso.

6. La respuesta se demora unos segundos: No, claro que no es chistoso. Ya sabes que nunca fui chistosa. Te quejabas de mi falta de humor.

7. Cada vez más angustiada, él se muerde los labios. ¿Quién me está haciendo esto?, se dice. ¿Dónde conseguiste ese vestido?, teclea luego.

8. La réplica lo deja helado: Tú me lo diste en un aniversario. Él busca tragar saliva. Escribe: Tiré el vestido hace tiempo. ¿Quién eres?

9. La madre de nuestra niña, ¿quién más?, reza el nuevo mensaje. Por cierto, qué bien se le ve el pelo así. Vine por ella a la escuela.

10. Él derriba la silla al levantarse. Farfulla que debe correr por la hija que tuvo con la mujer que se mató un año después del divorcio.

INTRUSO

1. Habito tus pesadillas más profundas. Esas que no puedes reconstruir al despertar, inquieta como si alguien te vigilara mientras duermes.

2. Soy yo el que te vigila. Míos son los ojos que te observan día tras día sin que los notes. Mías las manos que se abstienen de tocarte.

3. No te toco por temor a que se rompa el hechizo que me ata a ti. Pero a veces crees sentir mi aliento en tu nuca. Volteas. No hay nadie.

4. Para ti no soy nadie. Para ti soy sólo una de esas figuras que viven en la periferia de la mirada y desaparecen al tratar de fijarlas.



James Ensor, *Máscaras viendo una tortuga*, 1894

5. Desaparecer es parte de mi naturaleza, de mi magia. Soy un artista de la ausencia y la huida. Poseo envidiables conocimientos secretos.

6. Conozco tus hábitos, tu rutina. Sé lo que te gusta, lo que te molesta. Cada tarde te veo salir de la escuela con tus amigas. Todas ríen.

7. Tu risa fue lo primero que me cautivó. Alguien con esa boca, me dije, merece una atención esmerada. Una supervisión personal, incesante.

8. Sí: podrías llamarme tu supervisor. Registro tus movimientos en libretas negras que releo para solazarme. Me encanta convivir contigo.

9. Nuestra convivencia es perfecta porque ignoras que existe. Ignoras que pertenezco a tu cotidianidad e incido en ella en formas sutiles.

10. La sutileza es mi especialidad. Entro en tu dormitorio y cambio objetos de lugar: un DVD, unas medias. Para que sepas que aquí estoy.

LUNA ROJA

1. Así, mi amor, jadea ella, vente ya. La cama *king size* parece un estanque de aguas termales donde los dos cuerpos flotan entre sombras.

2. ¿Te gusta?, dice él, mirando cómo la piel bajo su piel brilla tenuemente cubierta por una película de sudor. Sí, gime ella, me encanta.

3. De golpe, sin mayor aviso, todo se detiene. Él se detiene: brusco, incomprensible. Ella le toca el rostro. ¿Mi amor?, dice, ¿qué pasa?

4. Sshh, dice él, ¿oíste eso? Sus músculos se sienten tensos, eléctricos. En el dormitorio hay un aroma extraño. ¿Qué, mi amor?, dice ella.

5. Llamaron a la puerta, dice él. Y sin más se sale de ella y se queda unos segundos al borde de la cama, respirando. Voy a revisar, añade.

6. Yo no oí nada, mi amor, dice ella. Su voz es un hilo frágil del que él se deshace mientras cruza el *bungalow* hasta la puerta principal.

7. Afuera no hay nadie. Dos polillas revolotean junto a la lámpara que ilumina la entrada del *bungalow*. Él baja a los jardines del hotel.

8. La Luna similar a un ojo inyectado de sangre concede a su desnudez un tinte espectral. Él voltea al *bungalow*. Se ha apagado la lámpara.

9. En la oscuridad del umbral acecha una figura delgada a la que él se acerca, embrujado. Escucha las palabras que se le musitan. Asiente.

10. De su antigua toga la figura extrae un objeto. Lo entrega. Él entra al *bungalow* y va al dormitorio blandiendo el puñal del sacrificio.

SELFIE

1. Estoy en todos lados. Voy adonde tú vas. No puedes librarte de mí aunque lo intentes, aunque adviertas que palpito como tú palpitas.

2. Soy parte de ti desde que naciste. Te pertenezco al igual que tú me perteneces. Nadie ha podido ni podrá dividirnos. Somos inseparables.

3. Mi sangre es tu sangre pero más veloz, más fiera, más caliente. A veces notas la diferencia: por eso se te eriza el vello de los brazos.

4. Aparezco en todas y cada una de las fotografías que captas con tu celular. Los autorretratos que diseminan como infección por el mundo.

5. Mírenme, piensas cada vez que colocas uno de tus autorretratos en Facebook, en Instagram, en Twitter. Qué bella soy, qué guapo me veo.

6. La pantalla de la computadora se ha trocado en tu escaparate, tu pasarela. Pero no puedes exhibirte sin mí. No puedes desfilas sin mí.

7. Mírenme, pienso cada vez que me presentas sin rastro de pudor. Qué bien luzco en tu bikini en esa tumbona, en el espejo que te desdobra.

8. La gente observa tu rostro y tu cuerpo multiplicados al infinito sin saber que me observa. Aunque hay quienes experimentan cierto temor.

9. Hay quienes perciben que tras esa fachada bronceada y rozagante en que te has transformado se agitan sombras. Al menos una sombra. Yo.

10. Soy tu lado oscuro. La mitad que no te gusta mostrar a los demás y que sin embargo asoma a tu boca cuando sonríes al universo entero.

MOTEL

1. Una mosca pasa zumbando cerca de la señora, que alarga una mano veloz. Te tengo, murmura. Al abrir el puño, sin embargo, no hay nada.

2. El sol de mediodía es una catarata de metal fundido que rebota en el letrero desvencijado junto al que se encuentra sentada la señora.

3. “Motel / acantes”, reza el anuncio que parece sisear. La “V” lleva ausente mucho tiempo. Quizá, suele pensar la señora, alzó el vuelo.

4. La carretera junto a la que se yergue el motel similar a una cola de dinosaurio ya no es más que un camino vecinal lleno de espejismos.

5. A veces, en esos espejismos creados por la luz en el asfalto roto, la señora distingue autos que se acercan en un silencio ensordecedor.

6. A veces hay gente que baja de los vehículos y va hacia la señora. Hombres y mujeres que sonríen mientras se disuelven en el aire cálido.

7. A la señora no le molestan esos trucos de la imaginación. Tampoco la perturban las voces que a medianoche suenan al fondo de su cabeza.



James Ensor, *La muerte y las máscaras*, 1897

8. Son, lo sabe, voces que vienen del pasado. A ellas se suman gritos, vanas peticiones de auxilio. En ocasiones hasta un llanto infantil.

9. Zumba otra mosca. La señora mira su reloj de pulsera paralizado a las doce. Ya es tarde, farfulla, levantándose de la silla metálica.

10. Avanza resuelta al motel. Debe empezar el aseo de los cuartos ocupados por los cadáveres de los huéspedes que atiende con amabilidad.

CTHULHU

1. Encontró el grabado cuando la última campanada de la medianoche se disolvía en el aire dejando una especie de ceniza sonora en el oído.

2. Su primer impulso fue arrancar la página y comérsela: tan grande había sido su apetito en los pasados meses de búsqueda infatigable.

3. Colecciones públicas y privadas, anticuarios, bibliófilos obsesivos. A todo recurso acudió en pos del libro vislumbrado en un sueño.

4. Más que un sueño, debía admitirlo, había sido una pesadilla. Un desfile de imágenes viscosas entre las que el volumen brotaba como flor.

5. Alguien, quizás él mismo, pasaba las hojas hasta detenerse en el grabado de una criatura aberrante. Alguien que no era él parecía rezar.

6. La pesadilla había dejado una amarga secuela de insomnios. Cada vez que cerraba los ojos veía con nitidez a la criatura que lo miraba.

7. Fue así que comenzó la cacería que lo condujo a rincones donde se respiraba el polvo acumulado de los años, el olor a sombras inquietas.

8. Ahora la cacería finalizaba y él tocaba el libro anhelado con dedos manchados por la sangre del coleccionista a quien había pertenecido.

9. Estudió el grabado con incredulidad y fervor. Era la criatura ciclópea, toda tentáculos y excrecencias: su pesadilla hecha realidad.

10. Un araño en la ventana distrajo su atención. Al devolverla al libro vio que el engendro había cambiado de posición: estaba más cerca.

MUÑECAS

1. Las muñecas tienen hambre. Por sus ojos vidriosos fluye el temblor de un apetito que viene de un lugar profundo y lleno de sombras.

2. Noche a noche las muñecas esperan pacientemente que alguien las alimente. A su olfato de porcelana llega el olor de la cena familiar.

3. Impávidas pero ansiosas, las muñecas mantienen la compostura. Sin embargo, una saliva espesa se acumula tras sus pequeños labios rojos.

4. No hay oído humano que logre captar el gruñido que surge de las entrañas de las muñecas. Sólo los perros lo oyen, y entonces gimotean.

5. Nadie sabe a ciencia cierta cuándo fue que comenzó el hambre de las muñecas. Tal vez desde que alguien dio forma a la primera de ellas.

6. Las muñecas no se sienten satisfechas con la inmovilidad que las define. Algunas se dejan caer desde sus nichos como un claro desafío.

7. Las niñas que juegan al té con las muñecas ignoran la impaciencia que nutren. Ignoran que las manos inanimadas ya quieren cobrar vida.

8. Cuando cae la noche las muñecas despiertan de su letargo. Sus sentidos se aguzan para registrar todo lo que el mundo les puede ofrecer.

9. Bañadas por la luz de la Luna, las muñecas dejan que sus dueñas las acomoden en sus camas. Pero permanecen con los ojos abiertos.

10. Las muñecas, sin embargo, no están del todo desamparadas. Siempre habrá la niña que a medianoche les brinde unas gotas de su sangre.

ÉBOLA

1. Terminaron de hacer el amor por tercera vez cuando el sol empezaba a inundar la habitación. Era el inicio de un candente día de verano.

2. Había sido una noche larga. Mucho alcohol, música electrónica a todo volumen en el bar donde se conocieron y entablaron conversación.

3. A él le gustaron los ojos sanguíneos de ella, su minifalda con medias oscuras. A ella le gustó la forma en que él sonreía oblicuamente.

4. Todo fluyó con espontaneidad, como un agua cristalina. Lo más natural fue que ella lo invitara a una última copa en su departamento.

5. La copa la derramó él sobre el cuerpo de ella una vez que la hubo desnudado. Bebió de esos pechos jóvenes y generosos con avidez.

6. Espera, musitó ella, no me siento bien. Él siguió besándola, comiendo sus palabras, y atribuyó la sensación de fiebre a la excitación.

7. En algún momento de la noche, entre el olor a sexo, él soñó con murciélagos que lo miraban. A su lado ella respiraba entrecortadamente.

8. Ahora, a la luz de la mañana, mientras salía de ella, él advirtió la erupción rojiza que le moteaba la piel. Vio sangre en las sábanas.

9. Se vistió velozmente mientras ella iba al baño a vomitar. A través de la puerta dijo que la llamaría. Abandonó el departamento, cauto.

10. El sol le flageló el rostro. Echó a andar pensando cómo seduciría a su mujer para disfrazar la intensa noche de amor con una zoóloga.

LLUVIA

1. Somos los que salen a la calle cuando comienza a llover. Los que invocan las tormentas que se ciernen como mastodontes sobre la ciudad.

2. Nuestros nombres sólo los conoce el agua que se desliza oscuramente por los muros. Lo susurran las gotas que revientan en las aceras.

3. Somos más antiguos que el asfalto. Estábamos aquí antes de que el hombre ideara construcciones para protegerse de la madre naturaleza.

4. En nuestros rostros se notan los rasguños del tiempo. La palidez que resulta de haber sido condenados a hogares de penumbra y alimañas.

5. Dejamos nuestros escondites en cuanto los primeros truenos rasgan el cielo vespertino. Ocultamos nuestra deformidad tras gabardinas.

6. Llevamos paraguas que se abren como flores lúgubres. Algunos nos calzamos sombreros para disimular las venas vistosas del cráneo.

7. En nuestros bolsillos se entibian las armas con que consumaremos los sacrificios. Instrumentos afilados con una paciencia milenaria.

8. Pasamos inadvertidos entre la muchedumbre que busca resguardarse de la tempestad. Sólo nos podrían delatar nuestros ojos avizores.

9. La elección de nuestras víctimas depende por completo del azar. Sexo, edad y color de piel son elementos que no juzgamos determinantes.

10. Nadie nunca nos ve venir. Somos los que te detienen para pedir la hora o solicitar fuego para encender un cigarro ligeramente húmedo.

EL OJO

1. La visión te comienza a fallar en el almuerzo con los compañeros de oficina. La sonrisa se te congela en el rostro mientras parpadeas.

2. Pronto descubres que la falla se concentra en el ojo derecho. Con el izquierdo puedes seguir mirando con la naturalidad de costumbre.

3. El defecto consiste en una oscuridad que conquista paulatinamente el campo visual. La mitad del mundo ha desaparecido en la sombra.

4. En la tiniebla se retuercen formas atormentadas, siluetas dolientes. En ellas identificas restos de pesadillas que te han asaltado.

5. Contienes el aliento al comprender lo que ocurre. Tu ojo derecho gira hacia dentro, hacia ese interior donde se agitan tus demonios.

6. Observas a tus compañeros de mesa pero ninguno se ha percatado de lo que te sucede. Todos ríen con la broma que uno de ellos cuenta.

7. Con movimientos torpes te levantas de la silla y vas al baño del restaurante. Tu ojo derecho se ha volcado por completo a la negrura.

8. Aseguras la puerta del baño y con la respiración entrecortada te asomas al espejo. Ves con sorpresa que ambos ojos están como siempre.

9. La danza de tus demonios en la oscuridad, sin embargo, se ha vuelto insoportable. Sientes que el pánico te hierve cerca del corazón.

10. Sales del baño, vuelves lento a tu mesa. Una mujer en una silla vecina grita cuando te llevas el cuchillo de la carne al ojo infectado.

DESAPARECIDOS

1. Somos los desaparecidos. Los que se han esfumado de la faz de la tierra dejando como huella el agujero magnético de la ausencia.

2. Somos los rostros que se difuminan despacio de las fotografías familiares. Los ojos que se vuelven hoyos negros donde se pierde la luz.

3. Somos las manos que ya no acarician la espalda de nuestras mujeres, la cabeza de nuestros hijos. Las palabras que se lleva el viento.

4. Somos las libretas que nuestros padres guardan al fondo de arcones reclamados por el polvo. La caligrafía ilegible de nuestros diarios.

5. Somos los rasguños en los brazos de las butacas, las muescas de estatura en el marco de una puerta. La canción que tarda en recordarse.

6. Somos lo que pudo ser pero no fue, lo que habría sido pero ya no será. Ocupamos los márgenes de la vida, la periferia de la historia.

7. Somos, no obstante, multitud. La inquieta muchedumbre que se hacina en el umbral de lo invisible para observar lo que ocurre más allá.

8. Somos decenas, cientos. Somos millones. La desaparición nos ha investido de un poder que aumenta mientras seguimos siendo buscados.

9. Somos los que se han convertido en cosas insólitas. El crepitar de la estática en un radio, los pasos que nadie da en las hojas secas.

10. Somos los que se niegan a abandonar el mundo del que nos han exiliado. Escúchanos respirar en tu oído conforme la noche se desploma. **U**